

Santidad para todos

*Ser santos
en la vida ordinaria*

Juan Puigbó



FOR PREVIEW ONLY • NOT TO BE SOLD OR DISTRIBUTED
Imprimi Potest: COPYRIGHT © 2013, LIGUORI PUBLICATIONS
Harry Grile, CSsR
Provincial de la Provincia de Denver
Los Redentoristas

Publicado por Libros Liguori
Liguori, MO 63057-9999
Pedidos al 800-325-9521
www.liguori.org

Copyright © 2013 Libros Liguori

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación se puede reproducir, almacenar en ningún sistema ni transmitir por ningún medio –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación ni ningún otro– sin el permiso previo por escrito de *Libros Liguori*.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Puigbo, Juan.

Santidad para todos : para ser santos en la vida ordinaria /

Juan Puigbo.—Primera edición.

pages cm

1. Holiness—Catholic Church. 2. Christian life—Catholic authors.

I. Title.

BX2350.3.P85 2013

248.4'82—dc23

2012051409

p ISBN: 978-0-7648-2402-9

e ISBN: 978-0-7648-6823-8

Las citas bíblicas son de la *Biblia Latinoamérica* disponible en
www.sobicaín.org

Libros Liguori, una corporación sin fines de lucro, es un apostolado de los Padres y Hermanos Redentoristas. Para más información, visite Redemptorists.com.

Impreso en Estados Unidos de América
17 16 15 14 13 / 5 4 3 2 1
Primera edición

Índice

Presentación	5
1. ¡De ti depende!	7
2. Cambio de vida	11
3. ¿Cómo ser santos?	23
4. Llamados a ser santos	31
5. ¿Para qué hemos sido creados?	47
6. Una vida de virtudes	59
7. Santidad para todos	71
8. Herramientas para cultivar la santidad ..	77
9. El premio final	93
Apéndice: Frases de santos	95

FOR PREVIEW ONLY • NOT TO BE SOLD OR DISTRIBUTED
COPYRIGHT © 2013, LIGUORI PUBLICATIONS

Presentación

Recuerdo que hace unos años mi hermana menor me preguntó: “¿Por qué es tan difícil ser santo y cómo puedo hacer para agradar a Dios?”

Hasta ahora no he conocido a ninguna persona que no quiera ser feliz. Pero ser feliz no es hacer “lo que nos da la gana” sino lo que a Dios le agrada. Ordinariamente las personas que hacen lo que quieren o que viven la vida como les va saliendo, no son plenamente felices.

Los plenamente felices son los santos. Estamos en este mundo porque Dios nos creó para realizar un plan de amor. Ser santos no es otra cosa que cumplir la voluntad de Dios de manera que le agrademos continuamente.

Se trata de un trabajo de todos los días, porque la santidad no cae del Cielo, ni se gana en una lotería, sino que se conquista con nuestras acciones, palabras, modos de reaccionar, actos de servicio, disponibilidad y contacto con Dios.

Entiendo que los problemas nos abruman y que hay momentos en los que quisiéramos salir huyendo

hasta de la propia vida. ¿Cuántas veces hubiéramos preferido morir en vez de enfrentar la vida tal y como es? Eso es, sin duda, de cobardes. Pero, ¿por qué pasa eso? Seguramente porque hemos sacado a Dios de nuestras vidas, porque no hemos aprendido a trascender y a vivir por un ideal pleno, porque sencillamente nos hemos acomodado a una idea equivocada de Dios.

Eso quiere decir que se puede vivir de dos maneras: a la manera de Dios o a mi manera. ¿Cómo estás viviendo? La mayoría de las personas no viven según Dios, por eso se quejan todo el día y le echan la culpa a los demás de sus problemas. De hecho, me he encontrado con muchas personas que dicen que la Iglesia es muy exigente y anticuada, que la religión es una opresión. Esas personas, aunque sean muy buenas, lo que buscan es un dios a su manera; les aseguro que no podrán ser felices, porque la fuente de la felicidad está en Dios mismo y eso supone vivir de acuerdo con sus exigencias y con sus estándares.

Es cuestión de ser sinceros y de plantearse retos más altos, más difíciles, pero a la larga más gratificantes. ¿Estás dispuesto a pagar el precio de tu propia santidad?

Padre Juan Puigbó
Vísperas de la Navidad de 2009

1. ¡De ti depende!

Hay decisiones en la vida que dependen de nosotros mismos. En este sentido, nadie va a tomar la decisión más trascendental de tu vida, solo tú. No es cuestión de echarle la culpa a los demás acerca de las propias desventuras, sino de asumir la responsabilidad de lo que te sucede y responder con madurez. Entiendo que hay situaciones que nos pesan y que salen de nuestro control, pero ¿hasta cuándo nos vamos a seguir quejando?

Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y disfrutar de su presencia en la vida eterna. Lo cierto es que esta vida se acaba. Puede durar unos años más, unos años menos. Nos ponemos muy tristes cuando alguien muere o nos desesperamos cuando nos damos cuenta de que estamos envejeciendo y que la vida no tiene marcha atrás. Pero será que alguna vez nos hemos preguntado: ¿qué estaré haciendo dentro de cien años o dentro de un millón de años? Me refiero a la vida eterna. En cuanto se te acabe esta vida, lo único que te queda es: vida eterna. No hay otra opción. Y es que, aunque la ayuda de Dios es necesaria –pues con

nuestras propias fuerzas no podemos nada—, también es necesaria nuestra respuesta al plan de Dios. No solamente con decir que amas a Dios llegarás al Cielo. No es cuestión de palabras, sino de toda la vida (cf. Mt 7:21–27).

Este libro quiere ser tu invitación personal a la santidad. ¡Sí, a ser santos! Ser santos no es un asunto que quedó para aquellos héroes del pasado. Es una propuesta para ti, que lees este libro. Ser santos es un reto alto, muy alto; y es además, un mandato de Dios.

El vacío que hay en nuestras vidas, aquello que nos deja intranquilos y nos arrebatla la paz, es consecuencia de la ausencia de Dios. Él respeta nuestra libertad y los límites que le hemos puesto. Si a Dios lo mantenemos al margen, Él se mantendrá al margen -aunque sufra por amor y desee entrar en nuestras vidas-. A menos que permitamos que Dios entre, siempre habrá un vacío en nuestras vidas. La verdadera felicidad se consigue en Dios, fuente de la felicidad.

Otro asunto es: ¿Dónde encontrar a Dios? A eso yo te preguntaría: ¿Dónde lo buscas? Puede ser que no encontremos a Dios porque no lo buscamos en el lugar adecuado. Pero antes de responder a esa pregunta, habría que hacerse otra: ¿cómo es tu vida? Porque una vida de pecado, rechazada por Dios, impide cualquier encuentro con Él. El pecado nos separa de Dios, de la misma manera que una nube impide que el sol irradie su luz sobre nosotros. Por lo tanto, el pecado es un rechazo de la santidad misma de Dios.

Pues bien, estando así las cosas, el primer paso de-

pende de ti mismo. No depende ni del esposo o de la esposa, ni de los hijos, ni de los padres, ni de los amigos o compañeros de trabajo. Tampoco depende de los políticos o de la falta de dinero. Depende de tu actitud ante la aceptación o rechazo de la vida divina en tu vida. Por eso, antes te preguntaba: ¿dónde lo buscas? Hay personas que están empeñadas en llenar sus vacíos y en conseguir su felicidad comprando muchas cosas, cambiando de automóvil todos los años, comiendo en restaurantes de lujo o tomándose unas vacaciones costosas. Y es que, aunque esas cosas sean lícitas, hay que tener en cuenta que nada, por muy lindo o bueno que parezca, o por mucho placer que nos proporcione, podrá llenar el vacío que tenemos de Dios.

Es interesante ver que las personas que poseen más cosas o los que tienen los empleos de mayor renombre, no siempre son los más felices. Las cosas materiales no dan la felicidad ni llenan vacíos. El mismo Señor dice que la vida de un hombre no consiste en la abundancia de bienes, sino en la búsqueda constante del Reino de Dios (cf. Lc 12:15; Mt 6:33). Porque, “¿De qué le sirve a uno si ha ganado el mundo entero, pero se ha destruido a sí mismo?” (Mc 8:36).

Y es que comprar cosas o ganar dinero, no son pecados en sí, pero pueden quitar a Dios del lugar que le corresponde en la vida de las personas.

Por otra parte, esto no es una competencia de ver quién acumula más puntos a favor del equipo de casa. Se trata más bien de vivir en virtud y mientras haya

cosas que llenen el lugar que le corresponde a Dios, no hay vida de virtud.

Entonces, hay que quitar todas las nubes de la vida: todo aquello que nos impida exponernos al sol de vida, a Jesús, la luz del mundo. Por tanto, debemos vivir a imitación de Cristo para poder hacer la voluntad del Padre.

A Dios nadie le ha visto, pero por el Hijo hemos llegado a conocer quién es el Padre y podemos descubrir cuál es su plan de amor sobre nosotros. Sin embargo, no hay manera de descubrir ese plan si no es a través de una vida de acuerdo con su Espíritu.

2. Cambio de vida

“Renuncien a su mal camino, porque el Reino de los Cielos está cerca” (Mt 3:2).

“Renuncien a su mal camino y crean en la Buena Nueva” (Mc 1:15).

Estas fueron las palabras de Juan el Bautista cuando preparaba el camino del Señor. También Jesús comenzó su ministerio con esas palabras prometiendo un reino de paz, justicia y amor. Sus vecinos esperaban un rey sentado en un trono y viviendo en un palacio como los reyes de aquel entonces. Nadie esperaba a un rey a la manera de Cristo. Y es que en Jesús, el cambio no depende de los demás, la *revolución* no es por medio de protestas o indicando a los demás qué deben hacer. Al contrario, Jesús nos invita a una transformación personal, nos invita a despojarnos del hombre viejo para vestarnos del hombre nuevo a imagen suya (cf. Ef 4:24). Por eso les dijo a sus discípulos que debían negarse a sí mismos, tomar su cruz de cada día y seguirle (cf. Mt 16:24). Este principio es la puerta a la santidad.

Niégate a ti mismo

Vivimos en un mundo donde el que más vale es aquel que tiene más poder y más bienes. Muchos deciden lo que van a estudiar o en qué van a trabajar dependiendo de las ganancias que obtendrán. Valdría la pena leer aquellas palabras del Evangelio en las que Jesús dice que, al final de la vida, no podremos llevar con nosotros nada de este mundo.

Parece que lo importante es la promoción personal, sin importar cuántas personas hay que llevarse por delante o cuántos insultos hay que decir a los demás. Lo importante son los logros personales y nada más. El placer se ha convertido en un objetivo en sí mismo. Muchos dicen: “Mientras mejor me siento, mejor estoy”. Es cuestión de sentimientos. Por eso, cuando no hay sentimiento, la vida pierde su sentido y se vacía. Es como un globo de aire: con forma por fuera y vacío por dentro. Esa es la razón por la que nos hemos vuelto egocéntricos y todo se centra en complacernos a nosotros mismos y no a Dios.

Para negarnos a nosotros mismos tenemos que vivir por Él, en Él, con Él y para Él. Esto suena bonito, pero no es cuestión de palabras bonitas, sino de poner la vida en función de las cosas que tienen sentido. Mejor dicho, en función de la Persona que lo llena todo de sentido: Dios mismo. Esto tiene como consecuencia la renuncia a los triunfos personales para dar paso al triunfador verdadero: Cristo. Esta renuncia es una

invitación a vivir de acuerdo con los intereses de Dios y no tanto de acuerdo con nuestros propios intereses. Es un llamado al control personal y al ejercicio de la voluntad, porque no se trata de *hacer lo que me da la gana*, sino de hacer lo que a Él le agrada. Efectivamente se trata de un cambio personal, de un cambio radical.

Ejercitar la voluntad implica el dominio propio. No podemos seguir viviendo en función de lo pasajero y de las cosas banales. Tenemos que aprender a controlarnos, a decir que *no* cuando hay que decir *no*, a poner límites y saber hasta dónde se puede llegar. Esa es la verdadera renuncia.

Un dominio de los sentidos nos ayudará a ser más nosotros mismos; a tomar control de lo que somos y a conocernos más. Eso develará cuán débiles somos y lo necesitados que estamos de Dios. El punto final de llegada no será la posesión de nosotros mismos, ni el placer personal que también se acaba, sino la posesión definitiva de Dios.

Negarse a sí mismo significa cambiar de perspectiva con respecto a las personas y a las cosas. Así, en lugar de vivir *soportando* a los demás o criticando a los familiares y amigos, viviremos sirviendo a los que están a nuestro alrededor, preocupados por sus necesidades. Entiendo que no es fácil, pero es cuestión de intentarlo. Se puede comenzar por cosas pequeñas, por ejemplo, ¿cuántas cosas tenemos en el armario que no necesitamos? Entonces, ¿por qué seguir comprando más? Negarse a sí

mismo es igual que morir a sí mismo. Y se muere en las pequeñas cosas de la vida cuando aprendemos a controlarnos y a dominar nuestros sentidos. Así pues, si comenzamos por esas cosas pequeñas, aprenderemos a ver la vida con ojos nuevos y a vivir con un corazón nuevo.

Nos podríamos aplicar aquellas palabras que suelo decir a los jóvenes: “Deja de quejarte y comienza a sonreír”. A los demás los trataremos con mayor amabilidad cuando tomemos consciencia de que el problema no son ellos, sino nosotros. No se trata de culparse a uno mismo y vivir como mártires frustrados, sino de cambiar internamente para vivir en armonía con nosotros mismos y con los demás.

El control personal nos ayudará a superar los problemas de continencia, castidad, orgullo y soberbia. Es cuestión de dejar a Dios ser Dios en nuestras vidas y de entender que nada podemos por nosotros mismos, pero que todo lo podemos si le damos paso a Él y ponemos de nuestra parte asumiendo el reto de la santidad (cf. Flp 4:13).

Toma tu cruz

Son muchas las veces que nos quejamos a lo largo del día. Ya sea por el frío o por el calor, porque tenemos mucho trabajo o porque estamos desempleados, porque tenemos dinero y nos da miedo que nos ro-

ben o porque no hay suficiente para comprar lo que necesitamos, porque el esposo o la esposa están de mal genio o porque siempre está contento. Siempre hay un problema. Siempre existe una queja. La vida se vuelve una carga tan pesada que ya no vale la pena vivirla. Entonces pregunto: ¿qué es más fácil, seguir quejándose o comenzar a verle el lado bueno a las cosas?

Jesús murió por su Iglesia, por su Pueblo, pero antes de morir tuvo que padecer. El problema es que quizá el Calvario de Jesús se nos ha convertido en una historia que ha quedado relegada en el pasado. Es fácil celebrar la Semana Santa y no comprometerse con nada. Es fácil ver alguna película de la Pasión y seguir de brazos cruzados. Lo cierto es que Jesús no tomó ningún calmante para el dolor, ni se quejaba por lo que padecía. Al contrario, aguantó y lo ofreció hasta que no pudo más y, entonces, se dejó ayudar.

En nuestra vida pueden darse dos extremos: el extremo de querer que los demás hagan todo por nosotros, y entonces vivimos a expensas de que los demás sean nuestros servidores. Muchas veces en el hogar el esposo exige a su esposa la ropa limpia o la comida servida, pero no se compromete a ayudar en las tareas del hogar. La esposa, por su parte, reclama a su marido porque trabaja horas extras, pero no se preocupa por preguntarle cómo le fue en el trabajo. Los demás no son nuestros sirvientes. Al contrario, nosotros debemos servir a los demás. En el trabajo, no son los demás los